



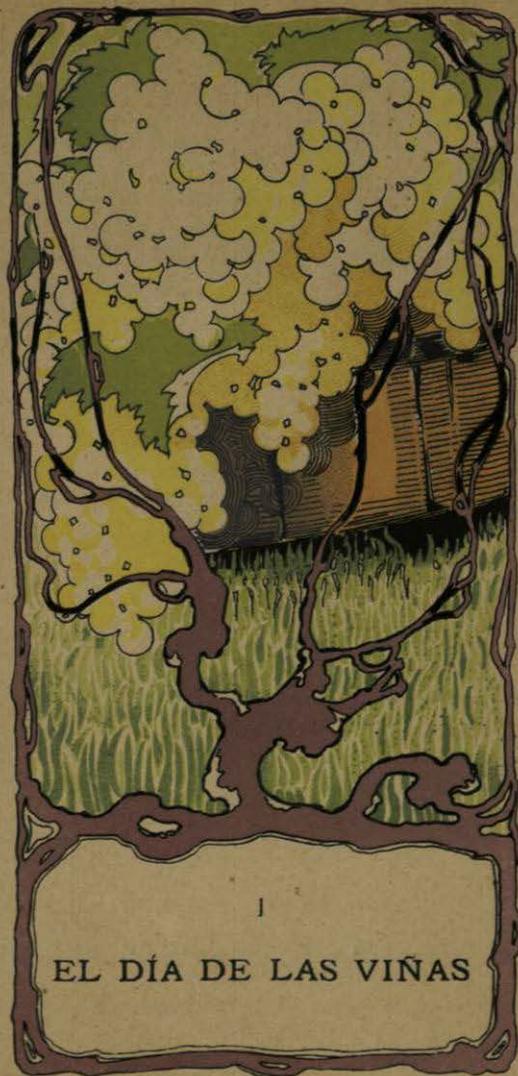
PQ. 6623
.A7
V37.

**FONDO
RICARDO COVARRUBIAS**

ESTA OBRA, QUE ES PROPIEDAD DEL
EDITOR, SALIÓ DE LOS TALLERES
DE LA PROPIA CASA EDITORIAL,
S. AGUSTÍN, 1 Á 7, BARCELONA
(GRACIA), EN JUNIO DE 1901

**CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.**

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS





Introducción

DESDE la plenitud de los racimos
á la forzada cárcel de los vasos,
como el devoto al ídolo, he seguido
tus peregrinaciones.—

Vino, sangre del campo, misteriosa
consagración de renacientes cultos,
hervor continuo, animación perenne,
¡bendigante los vivos!

Lleno de amor, te encerraré en el cáliz
de mis amplias estrofas y tu espuma
será mi lujo y tu sabor caliente
la fuerza de mis versos;
de cada hervor, en tu abundante seno,
brotará un pensamiento y mis canciones
guardarán tu recuerdo y la amargura
conservarán de tus ocultas heces.

¡Oh vino innecesario! ¡Oh poesía!
¡Oh singular locura!—Yo os bendigo,
bacantes griegas, sátiros ligeros,
amantes de la vida;
¡Vuélvanse á ver las Teorías rojas!
Goteen los racimos, hierva el mosto
y, respondiendo á su compás la sangre,
muerdan los dientes, al besar los labios!

Toda la tierra, ante mis ojos, toma

el color verde de las anchas vides;
la púrpura imperial de los racimos
incita al fausto alegre;
y—padre universal, resplandor, suma
de todos los errantes resplandores—
el sol cobija con inmensas alas
la amplitud de las viñas soñolientas.

¡Despertad, despertad, hombres parados
en la mitad de la florida ruta;
viejos de voz profética; mujeres
de levantado pecho!
Despertad, niños! Despertad, rebaños,
pastores, labradores y danzantes!
¡Despertad, que las viñas os esperan
y empieza á hervir el mosto en los racimos!

¡Bajemos á las viñas! Con los brazos
desnudos, con la frente iluminada,

á celebrar la misa de la vida
 sobre las aras verdes!
 Estallen las canciones! nuestras risas
 sean como sonido de campanas
 que hace bailar el viento: mozas, hembras,
 abrid sedientas la encarnada boca!



El paso de las vendimiadoras

En! capataz, despierta, que apunta la mañana,
 la primera mañana de la Vendimia! ¡al suelo!
 que el padre Baco, lleno de diligencia ufana,
 para que el Sol asome sobre un tapiz de grana
 los toneles añejos vacía sobre el cielo.

En marcha, que ya llegan las mujeres, las niñas,
 las madres de los campos y las Vendimiadoras;

con los colores de frutas en las anchas basquiñas,
faldeando los montes y, al invadir las viñas,
desatando el rosario de sus risas sonoras!

Todo el camino llenan! ¡Salud!—Y se persiguen
con retozos de cabra sobre la senda verde;
las mariposas blancas desde lejos las siguen
y ellas pasan cantando y cantando prosiguen,
hasta que, en los recodos, la procesión se pierde.

Se abrazan; van las unas con las otras cogidas
como una sola fuerza—libres, impudoras,
los corpiños abiertos, las faldas mal ceñidas
y ofreciendo las dulces mejillas encendidas
á la constante y cálida caricia de las cosas!

¡Salud! Ellas tan sólo, cáliz de los amores,
son tus sacerdotisas, las libres, las ungidas;
las de bocas sangrientas y abiertas como flores,
las que, en el celo, espían con gozo los ardores
del semental que cubre las hembras abatidas.

Hablan con todo el cuerpo; sin reserva; fastuosas
de sus tesoros; pródigas, como tierra sembrada;
todo lo dan á todos; mujeres animosas
que besan á los chivos y muerden á las rosas,
redimiendo á la tierra con su larga mirada.

En marcha! á los viñedos! Despertad, que es el día
de la Vendimia! el día de la inmensa enseñanza!
¡Corred, sacerdotisas, que la tierra os envía
á recoger sus frutos, los hijos que ella cría,
á coronar de pámpanos la devota esperanza!

¡Corred! Dadnos los granos de la Sabiduría,
la simiente menuda de la eterna alianza!
¡Id, Marías hermanas de Moisés, que ansía
mi corazón hundirse en la intensa alegría
que, como un ruido de aguas, á vuestro lado avanza!



Mujeres vendimiando

Las dos mujeres, al llegar, se abrazan
como buenas amigas, preparándose
á una fiesta querida.—Ellas van juntas,
entre el bullicio de las otras mozas
que la amplitud invaden de las viñas,
y, con la cesta de torcidos mimbres
apoyada en las mórbidas caderas,
se acercan á las cepas.—

Se han jurado
trabajar siempre juntas y se dicen
secretos de las otras al oído.

—
Y la primera cepa que despojan
parece una montaña. Grandes, verdes
levanta los sarmientos retorcidos,
para abrigar, con el tapiz de pámpanos,
la rica profusión de los racimos.
El sol la hiere de través y, apenas
las buscadoras sonrientes, meten
los dos brazos desnudos en el hondo
misterio de las hojas requiriendo
las escondidas uvas, se desploma
la viva luz sobre la abierta mata
y se iluminan sus entrañas ricas
en donde, como ovarios gigantescos,
los racimos esperan.—¡Abundancia!
Y las dos atrevidas, separando

las ramas con los codos, introducen
las curiosas cabezas en el seno
de la asaltada cepa—y ven los granos
y las gotas de savia y los insectos
hirviendo entre las hojas y las ramas
abultadas y rojas como arterias—
y quedan satisfechas y se ríen,
mirándose, besándose, encantadas
de tal magnificencia.

—
¡Celebremos
las abiertas ermitas de la Vida,
donde sirven las hojas de tapices
y dan luz los insectos y se tienden
á descansar las bestias de los campos!

—
¡Hermana, hermana mía! ¡Mira!—Corre
por mis dedos el jugo de las uvas
que se abren al cogerlas. ¡Es más dulce

que beso de mancebo y me conforta
 como rincón de hogar en el invierno!
 Se multiplican los racimos. ¡Mira!
 La presión interior bruñe la fina
 piel del dorado grano.—Están más frescos
 y parecen más llenos que las caras
 de los niños pequeños.

¡Ven, hermana!
 acércate á la cepa! Así, escondidas
 bajo su manto verde, parecemos
 recién nacidas cabras, cuando acercan
 los labios á las ubres de la madre.

¡Cepa, cepa querida, madre nuestra!
 Te bendecimos, porque tienes uvas
 y porque das tus uvas. ¡Salve, pródiga!
 No se detienen á tus piés las aguas
 del gran torrente de la vida! Encuentran
 en tus sarmientos vigoroso impulso

para subir más altas! Gracias, madre!
 ¡Déjate despojar; sé inagotable;
 danos toda tu sangre, que morimos
 de sed; que nuestro padre está ya viejo
 y no tiene riquezas y se acerca
 para las dos la fiesta de las bodas!
 ¡Racimos, vino! ¡Corta sin descanso,
 hermana, y pide siempre, que tenemos
 necesidad de fiestas y de mostos
 mientras seamos jóvenes!

—
 Me agradan
 las bodegas henchidas, las botellas
 con oro derretido en los cristales
 y, cuando llega del trabajo el largo
 tropel de labradores, esperarles
 y ofrecerles yo misma, sonriendo,
 el vino de las uvas que he cogido.
 —¡Oh, dar lo nuestro, sin que nadie tenga

que implorarlo con pena á nuestras plantas!
 ¡Oh, ser como las cepas abundante
 y como los racimos derramarnos
 á la menor presión!

¡Hermana, corta
 y bendice las uvas y recubre
 de besos los sarmientos!

¡Salve! Acaban
 de llenarse las cestas; ya, apiñados
 ruedan sobre la hierba los racimos
 y el suelo bebe ansiosamente el mosto.
 —¡Toma la cesta! Como un nido lleno
 la llevaremos al camino. ¡En marcha!
 —Nuestras cincuenta compañeras miran
 con envidia el botín que transportamos.



Cantaba una cigarra...

Pst!... Cantaba una cigarra,
 —el mal es bien—el bien es mal,—
 cantaba que cantaba una cigarra
 la gran canción de la felicidad.

Pst!... Como una chispa móvil,
 —tan instantánea—que es inmortal,—
 la cigarra volaba por las viñas
 dichosa de vivir y de cantar.

Pst!... Con los múltiples ojos,
—vivir la vida—es admirar,—
recogía del sol los resplandores,
temblaba en ellos y gozaba en paz.

Pst!... Se entregaba á la Vida,
—vivir es bueno—morir igual—
y la chispita de reflejos negros
no dejaba por nadie de cantar!

Pst!... La pequeña cigarra
—todo es alegre—y musical,—
deja las viñas y cantando sigue
su gran canción de la felicidad!



Las cestas

LLUVIA de luz, en abundancia pródiga,
derrama el día en las oscuras cepas
y se destaca, simplemente, el cielo
sobre la tierra.

Cantan y cantan sin cesar las mozas
y sus chirridos incesantes mezclan
á las canciones las cigarras grises
desde las hierbas.

Huelen á mosto los racimos dobles
llenando de oro las redondas cestas,
y, sin esfuerzo, las mujeres asen
riendo, de ellas.

De dos en dos por el camino marchan
tendido el brazo bajo el sol: las cestas
balanceando entre los grandes cuerpos
como una ofrenda.

De dos en dos, en procesión, las veo
irse perdiendo por la viña espesa;
la cara alegre echada atrás; los pechos
lentos, que tiemblan.

Como los versos de un cantar del pueblo,
como las olas de una playa griega,
amplias, sencillas; al cruzar la viña
toda la llenan.

Ante mis ojos ondulante veo
su teoría de esplendor envuelta,
y en la abundancia que con ellas marcha,
mi alma se anega.

Se desenvuelven sobre todo el llano—
cabezas fuertes y mejillas frescas—
como si en ellas floreciese el llano,
soberbio de ellas.

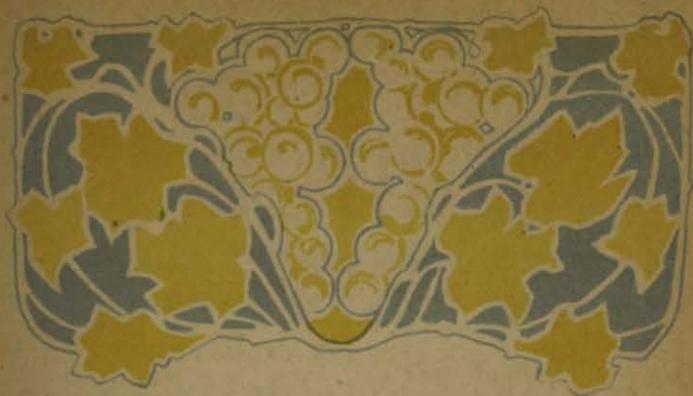
¡Versos de carne, compañeras mías,
flores silvestres y palabras nuevas!
Llenáis la viña de un extremo al otro
grandes, morenas,

y entre vosotros con los granos de oro
dando tributo á la jugosa tierra,
como la idea entre los amplios versos
tiemblan las cestas.

Tiemblan las cestas, dulcemente pródigas,
tentando el labio con las uvas llenas,
anchas, abiertas, sin negarse á nadie;
¡salud, ideas!

¡Salud, canción, intensamente oída,
que sangre y carne y corazón penetras,
canción que abraza, que promete y anda,
que canta y besa!

¡Salud, canción, hecha de carne y fruta,
grande, movable, colorida y fresca,
canción de Ideas que se han hecho carne
sin que perdieran su anterior belleza!



Elegía

otoño, otoño, tarde de los años
y sensual estación de las vendimias!
Ven hasta mí: de mis sedientos labios
endulza la amargura y á mis brazos
y á la abrasada carne de mi pecho
dale besos continuos!

La Vendimia,
la gran vendimia del amor ocupe

todas mis pobres fuerzas!

Ven, amada,
ven á la oscuridad de los viñedos,
donde, al ponerse el sol, el vino hierve
dentro de los racimos; beberemos
nuestro vino también, amada mía,
abrazados los dos, mientras las hojas
profusamente cubren nuestros hombros
como un manto de príncipe.

En los ojos
beberemos el vino de las fiestas
que celebra el espíritu!

En la boca
beberemos el jugo delicioso
que sacude los nervios!

Se hará noche
y todavía tu cabeza amada
apretaré, como racimo espléndido,
entre mis pobres manos, anhelante

de aprovechar las últimas vendimias.
¡Poder entre mis manos exprimiros,
venas azules, del color del lirio
cuando el sol lo acaricia!

Cada gota
llenaría de fuego mis entrañas
y adormiría mi cerebro!—

Todos
serían para tí mis pensamientos
y fundida mi sangre con la tuya,
ébrio de tí, caería enloquecido
en el espasmo de un amor supremo
estérilmente enamorado! Todos
tus hijos vivirían en mí mismo
dentro de mis entrañas; como flores
en el fondo del agua, como heces
en la caliente agitación del vaso.
¡Vendimiar, vendimiar!
Tus pensamientos,

tus esperanzas, los amores tuyos,
 como gotas de fuego iré sorbiendo,
 hija de los otoños, adorada
 mujer de espalda blanca!

Y cuando llegue
 la hora de separarme de la tierra,
 —como semilla que, al pasar, el viento
 desprende de los árboles,—mi cuerpo
 lleno de tí, borracho de tu sangre,
 y enterrado en el campo, dará jugo
 á la gloriosa turba de las viñas
 que rodean los muros de tu casa.



El carro

Yo lo he visto arrancar de entre vosotras,
 mujeres bien amadas, el repleto
 carro con el botín de las vendimias,
 que, jadeando lánguidos, arrastran
 los lentos bueyes de mirar profundo.

Todas teníais los desnudos brazos
 levantados á él: cada cual, puestos

sobre su cesto preferido; haciais hurto en los moscateles y despojo en los blancos malbares.—Con los labios abiertos y encendidos, reluciendo los ojos de apetito, recibíais los crujidores granos en la boca, picando con los dientes diminutos en el racimo, mantenido en alto por el brazo gentil, que se curvaba como un sarmiento joven.

No acertábais
á separaros de él—el carro grande—
vuestra obra inmensa, sin quedaros algo
sólo para vosotras; las primicias,
los mejores racimos.

Y charlando,
disputando las unas con las otras,
de mano en mano los racimos pasan,
alegando los ojos, derramando

gotas de mosto en los desnudos cuellos
y levantando gritos de alegría
y hurras de admiración.

Estáis alegres,
ebrias de vida, chorreando risas
junto á vuestra cosecha: allí las largas
esperanzas del año, los afanes
de toda una semana, las disputas
han terminado ya: todo está muerto
junto á la uvada recién hecha; el carro
rebose de racimos: vuestras obras
han parido abundancias sobre el mundo!

En marcha, pues!—y crujen las dos ruedas
hundiéndose en los hoyos del camino;
y retiemblan los cestos y racimos
de blanco moscatel se desmoronan
sobre la tierra roja.—¡En marcha!

Y siguen

al carro enorme las mujeres: hablan,
se abrazan, se persiguen, se recogen
con el rojo pañuelo los cabellos
como un tesoro; ciñen sus cinturas
con sarmientos y pámpanos, dan gritos
y levantan, á un tiempo, la cabeza
alegres, satisfechas, deseando
que las envuelva en su calor el aire
y que las queme el sol!

¡Morenas, rojas,
como la madre tierra que produce
tantas riquezas, como el hondo surco
donde se esconde el trigo; como nubes
cuando llevan al sol en sus entrañas
en las tardes de otoño!

Y atraviesan
los viñedos desnudos, como turba
de vencedores el hogar desierto
donde vivieron los vencidos. ¡Salve!

¡Paso á los que despojan, á los fuertes,
á los vendimiadores! Paso! en alto
mostrad las hocecillas, que separan
el grano, ya maduro, de las ramas
sin permitir que se malogre ¡en alto!

Yo os seguiré; yo adoraré los golpes
de vuestras manos implacables; quiero
cantar vuestra arrogancia y conduciros
conmigo á los viñedos de la vida;
caerán á tiempo las jugosas uvas
de las ideas grandes, nuestras cepas
serán las multitudes!

